

verencia en el pintor, si la hipótesis es cierta, como yo firmemente creo. Un hombre normal a quien un pintor quiera hacer modelo de un Apóstol, puede reunir las circunstancias externas aparecidas: la edad, la condición social, el aire de innata nobleza y apasionada inteligencia. Pero el fuego espiritual, el temblor del alma exaltada que asoma a la expresión, de no fingirlo un actor consumado, lo tendría que inventar el artista, superponiéndolo a la realidad del retrato. Mientras que en la humanidad que habita en el Nuncio, o en cualquier otro manicomio de la tierra, es fácil encontrar la espontánea e inconfundible expresión del heroísmo o de la santidad, en los que por trastornos de la mente se creen héroes o santos. Así los Apóstoles, encendidos de celo evangélico; y así el llamado San Luis, rey de Francia, del Museo del Louvre, que no se sabe bien si es o no San Luis o cualquier otro monarca, pero que es

también, seguramente, un demente haciendo de rey; más acentuadamente todavía es la versión del Museo Romántico (Madrid).

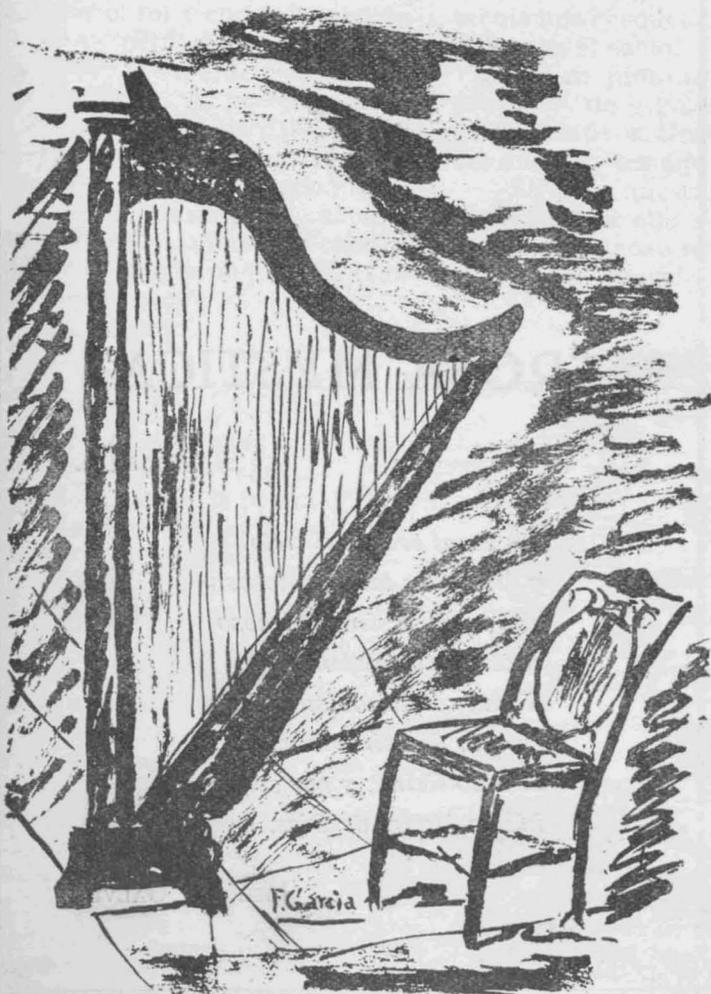
Los antiguos designaban a los locos con el hermoso, caritativo y transcendente nombre de «inocentes», que se lee aún, con emoción del visitante, en el atrio del Nuncio de Toledo. Esta inocencia hace que el enajenado, que está seguro de que es, por ejemplo, San Pedro, puede ofrecer al espectador y al artista no sólo la expresión del arrepentimiento, que es igual en todos los hombres sean o no santos, sino un esbozo de la trascendencia sobrehumana de este dolor cuando brotó de la conciencia del Apóstol. Nadie la podría sentir ni fingir en esta forma siendo normal.

La impresión que estos «inocentes» toledanos de ahora, hermanos de los que vió el Greco, produjeron en los que les observaban, en cuanto la sugestión del propósito y del leve

atuendo apostólico les hizo entrar en situación —porque el hábito hace al monje, sobre todo en los «inocentes»— fué extraordinaria, y explica la espontánea difusión que las imágenes han tenido, ajena a mi propósito. A lo que hay que añadir el impresionante aspecto hebreo de varios de mis modelos fotográficos.

Y basta lo dicho sobre este asunto, un tanto desquiciado, en el que sólo me propuse, con otras personas curiosas, comprobar hasta donde fuera posible una aguda indicación del mejor crítico que ha tenido la pintura y la personalidad de Theotocópuli. No podían tener estas experiencias de morfología puramente empírica más que un valor relativo; pero en verdad, como en ninguna otra parte, en la casa de los «inocentes» nos pareció respirar, dando marcha atrás en la ruta del tiempo, el mismo aliento quimérico y humano y racial que rodeó al gran pintor teólogo de Creta.

## Diálogo, junto al camino



### EL ARBOL

*De nuevo junto a tí, árbol amigo,  
cuando ya se han secado tus heridas;  
tiene ya veinte años la metralla  
que amenazó, al nacer, tu lozanía.*

*Ha seguido ofreciendo tu ramaje  
sombra en el mediodía,  
y tus hojas sirvieron para nidos.  
Tú, en la templanza de la tarde, miras  
la paz del cielo y la bondad del agua  
y cuentas las galaxias infinitas.*

*Alguna vez el odio del labriego  
desgarró aún más tu rama dolorida.*

*Pero tú —ya en la cima y en la altura—  
en el silencio de la paz olvidas.*

### EL AGUA

*El agua estaba puro;  
rebaños silenciosos en la tarde  
eran, cual blancos lirios apretados  
que bebían sus mansas claridades;  
la soledad poblaba sus orillas  
y cerraba la noche su paisaje,  
cuando la blanca luna reposaba  
en el limpio perfil de sus cristales*

*Un ruido de motores  
descendió a lo profundo de los valles.  
Y el agua que era pura  
se arrastra por un cauce de fangales.*

*Fuente de soledad aprisionada  
en la paz de la tarde  
por el turbio deseo de riqueza  
que mueve el corazón de los mortales.  
Ya no pacen rebaños a tu orilla  
y eres puro dolor en el paisaje.*

CLEMENTE PALENCIA